

Vida destilada

Hay veces en las que un “no”, nos sorprende como la muerte. Hay veces en las que un sí, nos sorprende como haber nacido. Tan radicales pueden ser. Pero entre ambas detonaciones hay más. Nosotros somos también síes y noes, a veces uno a veces otro, pequeños, grandes, instantáneos, eternos... Y el mundo, es un permanente fluir de síes y noes que vagan a nuestro alrededor como las caprichosas moléculas de los gases o como partículas en suspensión en un mar de dudas.

Y aunque nuestra intimidad primigenia es seguramente apátrida, pronto es finiquitada por el mundo. Él nos inunda con sus síes y sus noes y nos hace participar en el juego. Nos convertimos en escondites donde se emboscan afirmaciones y negaciones. Todos jugamos al escondite. Nosotros escondemos cosas al mundo, él nos esconde las que le parece. Para revelar los escondrijos del mundo y sus contenidos, intranquilizamos al mar, gritamos al desierto, molestamos a los volcanes y a las cordilleras, traicionamos a la galaxia... Para que el mundo no pueda revelar nuestros secretos guardamos silencio entre los párpados, cantamos con los oídos, acariciamos con la mente, asesinamos con la mano de otro.

Si los dioses jugaban al escondite en sus altares y desde allí nos llenaban la vida de pistas falsas (cábalas y pecados, biblias y herejías, sutras y sacramentos...); si la ciencia la entendíamos como una gran caja china en la que siempre hay más cajas chinas (fórmulas y teorías, ecuaciones y ensayos, análisis y experimentos...); si el pensamiento era la caverna en cuyas paredes nuestras mentes se golpeaban (axiomas y refutaciones, sistemas y tratados, métodos y dudas...); si el arte nos parecía una gran madriguera de donde había que sacar los monstruos que atormentan nuestros sueños (proporciones y manifiestos, estructuras y compases, tradiciones y rebeldías...) Parece que nos hubiésemos dedicado a privilegiar durante siglos la forma *fondo de saco* (estupas y tubos de ensayo, perspectivas, bóvedas, matraces y hornacinas, opiniones, razonamientos y teatros, doctrinas, fines y tumbas) en detrimento de la *forma tubular* (pasillos y alambiques, catacumbas, aforismos, alcantarillados y cables, intuiciones, poesías, medios y suburbanos) a la que consideramos secundaria o tributaria de aquélla.

Si antes nos parecía que en el fondo estaba lo importante -al final se encontraba la solución-, ahora nos parece todo distinto y hemos aprendido que ya no hay más filosofía prima que la de los obcecados, ni más arte definitivo que el de los soberbios, ni más ciencia verificable que la de los pretenciosos, ni más creencias inmutables que la de los fanáticos. (Tantas ideas definitivas quedaron como simples escalones, eslabones o pasos perdidos). Los medios son el tránsito. Los medios son el material de paso, pero ¿hay otro? Y si los únicos materiales que están a nuestro alcance, nosotros incluidos, son de paso, por qué no hacemos de ellos el verdadero material de la vida. Construir alambiques de paredes tornasoladas por la inmanencia y deslizarnos con ella sin esperar en los extremos algo más que -no intranscendencia- una especie de *atrascendencia*, una secreción. Serán pues las disritmias de la destilación, el batir de los fluidos, el vaivén de los humores los que nos hagan la vida viva y no la mortal espera del licor vital definitivo. Hacer del vaivén de síes y noes el juego poiético y autopoiético del ser-amado y no del ser-conseguido.